

LA VIDA EN EL TOBOSO

LA VIDA EN EL TOBOSO

FRAGMENTOS.

I

INTRODUCCIÓN.

Nací de limpias gentes, aunque llanas,
Sin poder afirmar si en mi ascendencia
Cruzóse ó no la estirpe de Juan Lanas.

Prolongóse mi edad de la inocencia,
Que aun guardo en muchas cosas, no embargante
De mis honradas canas la presencia.

Dorado porvenir miré delante:
Intención recta y ánimo sereno
Dieron cierta dulzura á mi talante.

Hubo afectos muy nobles en mi seno:
Si vivo despunté, la gente dijo:
Más que vivo este mozo ha de ser bueno.

Viendo hacia atrás, al recordar me aflijo
Mi afán audáz de que las Nueve Hermanas
Suyo, aunque enteco, me llamaran hijo.

Cómo se habrán reído y con qué ganas
Al sospechar mi pretensión acaso,
Discurro á tardes, noches y mañanas.

Es lo cierto que no me hicieron caso,
Envejecer dejándome en la inclusa
Por caridad abierta en el Parnaso.

De bienes y de males la confusa
Cadena vino atándome en seguida,
Y, al fin, me recogió bastarda Musa.

No hay que admirarse, no: cosa es sabida
Que, el proloquio y los sexos alterando,
Nunca le falta al roto descosida.

Musa, pues, tuve, y en consorcio blando
Me uní con ella al fin, y hecho unas pascuas,
Me adelanté cantando ó discantando,
Según iba entre rosas ó entre ascuas.

Varia mi vida fué. Limpio mi pecho
Mantúvose por suerte, asaz sencillo,
Y jamás hice cosa de provecho.

De las estrellas arrobóme el brillo:
Música no italiana ni alemana
Bajo el fogón sin fuego dióme el grillo.

La gloria me tentó muy de mañana;
Mas de planta mezquina humildes brotes
De admirar y aun de ver quitan la gana.

Sólo me oyeron cándidos y zotes:
Los laureles que al público pedía
Llovieron convertidos en azotes.

Mi compañera en esto, mustia y fría,
Á quien yo alimentaba con gazapos,
Estimó desastrada nuestra vía.

Díjome: “En vez de trajes llevo harapos,
De que no es decoroso arrastrar cola,
Y quien no compra pan no merca trapos.

“Si á nadar no te atreves en la ola
Que lleva á la región de la Materia
En que de gran pontífice anda Zola,

“Desnudeces portemos y laceria
Á sitio que conozco no distante,
Do alegre me has de ver aun más que en feria.

“Tú para trabajar no eres bastante,
Ya que en soñar el tiempo se te escurre
Mientras caliente el sol ó el grillo cante.

“Que á ese rincón vayamos se me ocurre,
Donde la gente honrada vive en sueños,
Come y viste soñando y no se aburre.

“No hay allí prestamitas, no hay empeños,
Es verdad; mas tampoco hay hambres hoscas,
Y podemos del mundo aquel ser dueños,
Y hasta engordar quizá papando moscas.”

Dijo y partió, y seguíla, sin paraguas
Ni báculo ni alforja; yo en menores
Paños por el calor; ella en enaguas.

Con los primeros tímidos albores
Llegamos á ciudad vasta y sin puertas
Ni alcaldes ni agiotistas ni deudores.

Amplias casas hallábamos abiertas,
Y una de ellas tomé que nos convino
Por su elegante fábrica y sus huertas.

Azul el cielo, el valle peregrino,
Ni se conoce aquí puchero ó fiambre,
Ni se manduca pan ó cata el vino.

Y aunque á la gente hallé como de alambre,
Pues carnes no le ví duras ni fofas,
Es cosa aquí desconocida el hambre.

Y aunque tal vez se dieran alcachofas
Para halagar caprichos, es lo cierto
Que nos alimentamos con estrofas.

Ya los archivos registrando, advierto
Que fundó esta colonia bienhadada
Un héroe singular, vivo aunque muerto.

Héroe por corazón, mente y espada,
Dió á la eterna ilusión perenne fundo
En este sitio Alonso de Quijada.

Hallo, si más en los archivos me hundo,
Que aquí naciera el Cándido famoso
Que en unión de Panglóss recorre el mundo.

¡Qué gente la de aquí! Nunca rijoso
El hombre: la mujer, Petra ó Matilde,
Sin riesgo de quedarse sin esposo:

Manirroto el avaro; el sabio humilde;
El rico háciendo al pobre cortesías,
Y el pobre de rencor sin una tilde.

Prodigios se renuevan de otros días
Que ha registrado Roma en sus anales
Y á que Virgilio alzó cántigas pías.

Hay de miel y de leche manantiales;
Con las uñas el pórvido se labra;
Tienen alma y razón los animales.

Á lo mejor suspira alguna cabra,
Ríe el caballo, y con desplante airoso
Os dirige un asnillo la palabra.

Como rige esta zona astro dichoso,
Simple la zorra es, benigno el gato,
Sin veneno la sierpe y tierno el oso.

¡Qué mucho, pues, que demos de barato
Lujos y el oro mismo de la Arabia,
Cuando se pasa aquí tan bien el rato
Que vivimos, al fin, todos en Babia?

Quando en mis horas de ocio, que son todas,
Recuerdo los azares de la vida,
Con la Musilla fiel pienso en mis bodas.

Aunque llevo la barba desteñida
Por el sol de los años, ansia pura
De ignoto bien conmigo corre asida.

Si la esperanza mística fulgura
Del horizonte en el confín eterno,
Entusiasmo y amor en mí perdura.

Si hay luz y fe, si el corazón es tierno,
Grato siempre es vivir; hallamos flores
Hasta en las nieves mismas del invierno.

Suelen las canas ¡ay! fingir verdores,
Y suelen perdonarse al viejo bardo
Voz de falsete y últimos candores.

Yo de casera inspiración aun ardo
En llama que del sol no ha sido emblema,
Y al asir el laúd no me acobardo.

Esto lo probará: tuve la flema,
Sin que nada mi espíritu desarme,
De ir escribiendo á ratos un poema.

Nadie lo lleve á mal, nadie se alarme:
Que hay aun aquí malicia no es dudoso:
Yo aspiro en estos versos á plantarme
De candidato á rey..... en el Toboso.

II

DE ARTES Y ARTISTAS.

HOMERO RÚSTICO.

En el ardor de veraniego día,
De un árbol á la sombra en medio al campo,
Sin otra compañía
Que el can exiguo —su familia sola—
Al triste són de rústica bandola,
Cuando la marcha afloja el tren que pasa,
Rica en ritmo y dulzor si en arte escasa
Y en musical aliño,
Á la dormida caridad cual ruego,
Cántiga ensaya que aprendió de niño
El antiguo pastor baldado y ciego.

Aquel agreste canto, que interrumpe
Silencio grave en soledad tranquila,
Con la aridez del ámbito se hermana
Y la miseria del cantor. La humana
Nota vibra en el alma del viandante,
Súbite le humedece la pupila.
¿Qué más logra arrogante
Aplaudido tenor, alto poeta?

¡Oh Ciego campesino,
En quien mató en agraz ciego el destino
La pujanza y la gloria del atleta!
¡Miserio pordiosero,
De estas comarcas rústicas Homero!

III

DE HISTORIA NATURAL.

EL RUISEÑOR.

Ponen la cana pluma, el lacio cuello,
Los tristes ojos y la voz cascada,
Tras una y otra noche y alborada,
De la vejez al ruiñón el sello.

Él bien lo sabe, y se consuela de ello
Con pensar que la gente que admirada
Su canto ha oído al pie de la enramada,
Nunca jamás oyó canto más bello.

¡Oh flaqueza de bípedo! ¡Oh calmante
Dulce, que en las orillas de la muerte
Su vanidad propínale triunfante!

Quien así despreció mirlos y tordos,
En justa pena esta verdad no advierte:
Los que juzgaba oyentes eran sordos.

EL PERRO.

Rico mármol de Italia, que ha tallado
Diestra prolija aunque atrevida y recia,
Muestra en forma arrogante el fiel traslado
De Glicera gentil, gloria de Grecia: